

La dirección del cambio



Brigitte Baptiste

Reconocemos que ante los complejos y comprometedores efectos del cambio ambiental global la única alternativa es cambiar. Ahí, aunque tengamos la mayor disposición a tomar riesgos y experimentar con nuevos patrones de comportamiento o nuevos modos de vida, no es fácil identificar las características del mundo que debemos ayudar a engendrar, abriendo paso a tantas discusiones e incluso agrias controversias: no todos entendemos o asumimos de la misma manera la innovación y nadie tiene una bola de cristal para predecir la forma del futuro.

La noción de un mundo en transición está haciendo carrera desde hace unos años para darnos a entender que, si bien el cambio es urgente, no puede ser tan abrupto o disruptivo como para causar el colapso y la destrucción de los recursos y las capacidades que tenemos hoy instalados y que nos han costado tanto. Por eso la dificultad de planificar el «desmantelamiento» de prácticas tan insostenibles como el uso de combustibles fósiles o la producción y el consumo de productos tóxicos asociados con la agricultura, o la construcción de infraestructura sin consideraciones ambientales suficientemente robustas. Al fin y al cabo, gracias a esas innovaciones llegamos a los niveles de bienestar que hoy disfrutamos, aunque tan mal distribuidos. De hecho, la crisis ecológica ha pasado a ser percibida más como una crisis de equidad y justicia social que ecosistémica, pues la distribución de los costos ambientales del bienestar y de los riesgos de la innovación es experimentada primero por ciertas comunidades o por sectores de la sociedad más vulnerables, haciendo que sea más compleja de abordar. Se trata de un problema social y cultural que requiere un punto de vista de adaptación que va más allá de lo técnico, ya que implica la reorganización de las instituciones, el cambio de normas y comportamientos e, independientemente del modelo de gobernanza que se construya, una perspectiva de acción colectiva mucho más sofisticada de la que tenemos en este momento.

Adicionalmente a los discursos de la sostenibilidad, con base en los cuales se han construido lineamientos y objetivos globales de trabajo (los ODS son su mayor expresión), las propuestas de una cultura regenerativa también comienzan a hacer carrera en la comunidad internacional, pues a través de ellas se plantea la posibilidad de reorientar las trayectorias de cualquier intervención humana en los ecosistemas actuales, no importa el estado en que se encuentren, con la finalidad de recuperar su funcionalidad vital, con cargo a las inversiones públicas o privadas que se hagan. Se busca, en pocas palabras, asumir los costos ambientales del pasado dentro de los presupuestos de inversión del presente, una materialidad muy concreta para la construcción de esa sostenibilidad que ha sido tan abstracta y elusiva. Para la Convención de Diversidad Biológica, una agenda «positiva para la naturaleza».

Hablar de los costos ambientales acumulados, sin embargo, no hace alusión exclusiva a la necesidad de abordar financieramente los pasivos ambientales del desarrollo, pues en muchos casos no existe un responsable al que acudir, o una forma viable para hacerlo. Los paisajes han cambiado, el mundo no puede volver atrás y no importa la cantidad de esfuerzo que se haga, es imposible reconstruir unos territorios que, por demás, no necesariamente serán más sostenibles o ecológicamente funcionales que este, salvo para quienes se entretienen con la nostalgia o la utilizan con fines electorales. En Latinoamérica, por ejemplo, la idealización del mundo indígena y las luchas descolonizadoras están a la orden del día para quienes, sintiéndose profundamente insatisfechos con la situación presente, plantean nuevas lecturas de la relación sociedad naturaleza (necesarias), pero a menudo basadas en la invención de unas condiciones a las cuales nunca han tenido acceso por su misma historia. Hablar desde el presente urbano genera una perspectiva ecológica extremadamente subjetiva, donde el bienestar animal, por ejemplo, se convierte en una agenda ética y estética convincente, pero totalmente paradójica, pues los hábitos de consumo, al perder de vista las cualidades fun-

cionales de los ecosistemas en los cuales están basados, solo profundizan la crisis: nuestras mascotas contribuyen de manera muy significativa al deterioro del mundo, aunque al tiempo nos den consuelo para afrontarlo.

Continuar y redireccionar nuestras intervenciones en el planeta, con espíritu regenerativo, significa hacernos cargo, urgentemente, de nuestros compañeros de vida no humanos, la flora y la fauna silvestres del planeta, desplazados por nuestra propia presencia masiva y de los cuales dependemos sin darnos cuenta. Significa integrarles de manera cuidadosa en el tejido de los territorios que utilizamos para sostener las ciudades e invitarles a hacer parte de esos espacios que estamos diseñando hace milenios sin el criterio del cuidado ambiental, de esa casa común pero poco compartida que hemos venido construyendo. Significa devolver territorio, reacomodarnos, reparar, transformar las formas en que producimos y consumimos, apreciar la vida de otra manera, tal vez materialmente más austera, pero no necesariamente menos gozosa. Significa habitar el planeta con la generosidad que este requiere y que, tras siglos de indagaciones e interpretaciones científicas, conocemos mucho mejor; y estamos en capacidad de poner en práctica los resultados de la innovación si nos sobreponemos a la captura excluyente de sus beneficios o a la imposición de modelos de bienestar basados en la transformación de las diversidades en simplicidad.

La noción de culturas regenerativas como mecanismo práctico de construcción de sostenibilidad pasa entonces por una lectura renovada de las condiciones ecológicas del presente para intervenirlas, de nuevo, bajo parámetros humanos, aunque esta vez, ojalá, con mayor conciencia de la complejidad de los sistemas vivientes y de la limitada capacidad de control que nos brindan la tecnología y las instituciones. En pocas palabras, siendo mucho menos antropocentristas y reconociendo que hay fuerzas que se despliegan en los territorios como resultado de la interacción impredecible de los miles de elementos que constituyen la realidad y producen sorpresas como la covid, parcialmente

abordadas por las vacunas y otras prácticas que, si bien inevitablemente incrementan la complejidad del sistema, obligándonos a continuar como especie en nuestra carrera adaptativa, también abren perspectivas para una nueva humanidad.

Para las empresas, la adopción de una visión regenerativa puede significar un mecanismo muy práctico, más eficiente y menos abstracto que las tareas ambientales del pasado, pues implica posicionar su actuación en el territorio con un nuevo espíritu de trabajo, una orientación muy concreta para sus intervenciones y unos lineamientos mucho más específicos de relacionamiento con las comunidades, siempre locales, como ya comienza a suceder con la transformación de los requerimientos legales de compensación para obras de infraestructura, pero que, al sumarse a las perspectivas de carbono-neutralidad de cualquier actividad, produce un conjunto de recursos y opciones de gran envergadura. Si a esto se suma un cambio en la orientación de los recursos de mercadeo y unas políticas de producción responsable, asociadas con nuevos parámetros de consumo, estaremos ante una suma de mecanismos extremadamente poderosos para abordar la crisis ambiental en toda su envergadura, donde, además de los esfuerzos directos de las empresas, habrá que construir nuevas capacidades en la sociedad para poner en práctica los retos de la regeneración: esta es la nueva economía verde, capaz de producir emprendimiento para sanar el mundo, con cargo a una nueva circularidad de los recursos.

Pero implementar una economía regenerativa requiere del concierto y las fortalezas administrativas de todas las empresas, sus proveedores, sus gremios, y en todos los niveles de producción, con toda la potencia de las entidades públicas y privadas que las apoyan: bancos e instituciones financieras, fondos de pensiones o de capital, institutos de investigación comprometidos con la búsqueda de soluciones tecnológicas o innovación social, comunidades organizadas y capacitadas por universidades más asertivas para implementar agendas conjuntas de restauración del territorio, mecanismos de reso-

lución de conflictos y renovación de normativas anquilosadas, medios de comunicación concentrados en buenas prácticas, en fin, de todos aquellos convocados por esta nueva agenda de recuperación de la funcionalidad ecológica de la cual dependemos y que, adecuadamente estructurada, tiene toda la potencia vital para ayudarnos a contrarrestar los peores efectos del cambio climático, ya inevitable.

Una perspectiva regenerativa profunda requerirá cientos de miles de personas trabajando en la limpieza de ríos y suelos, en la restitución de bosques y arrecifes, en la protección de páramos y sabanas, en la construcción de nuevos sistemas productivos basados en estos espacios recuperados, o mejor, reinventados, donde hayamos demostrado nuestra capacidad creativa y voluntad de hacernos nativos. Y, sin duda, conllevará innumerables fuentes de empleo, nuevos requerimientos de liderazgo, nuevos espacios de inspiración artística, un sentido renovado de apego a la tierra sin desestimar la tecnología y sus logros, pero reorientándola a la tarea prioritaria de recuperar la vida. En ello, si el Estado no está a la altura, habrán de ser las empresas y las comunidades las que marquen la pauta, entretanto nos inventamos formas de gobierno más adecuadas y satisfactorias.

El reto del cambio está en la capacidad que despleguemos para rediseñar el mundo bajo parámetros parcialmente conocidos, principios más robustos orientados a la recuperación de la vida y la restitución de espacios más significativos y recursos y capacidades comprometidas en la redistribución de tareas. Un gran experimento que no soporta autoritarismo, reiterando que, si alguien pretende poseer una bola de cristal, es mejor dejarla de lado, pues nada más peligroso que el autoritarismo presente en una perspectiva utópica iluminada.

Colombia, indudablemente con una gigantesca responsabilidad como epicentro de biodiversidad, puede auspiciar una verdadera revolución ecológica basada en la reinención de su propia manera de vivir su territorio. Y con ella, iluminar el mundo.